

*La excelsitud excelsa
del Coeterno Ser.*

*En su Sancta Sanctorum
de Familia Divina,*

*Dios se es, en sí mismo y por sí mismo,
su subsistencia infinita,
siéndosela y sida de por sí y para sí
en un acto de ser inmutable
e infinitamente abarcado,
en gozo coeterno y consustancial
de vida trinitaria*

*Mi canto de Eternidad
en nostalgia amorosa
por la posesión gloriosa del Infinito Ser*

Madre

Trinidad de la Santa Madre Iglesia

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*La excelsitud excelsa
del Coeterno Ser.*

*En su Sancta Sanctorum
de Familia Divina*

*Dios se es, en sí mismo y por sí mismo,
su subsistencia infinita,
siéndosela y sida de por sí y para sí
en un acto de ser inmutable
e infinitamente abarcado,
en gozo coeterno y consustancial
de vida trinitaria*

*Mi canto de Eternidad
en nostalgia amorosa
por la posesión gloriosa del Infinito Ser*



Editorial Eco de la Iglesia

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

2ª EDICIÓN

Nil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Madrid, 28-09-2000

Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”,
“VIVENCIAS DEL ALMA”, y
“FRUTOS DE ORACIÓN”,

1ª Edición: septiembre 2000

© 2000 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S. L.

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/ Velázquez, 88

Tel. +34 91 435 4145

ROMA - 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. +39 06 551 4644

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

<http://www.laobradelaiglesia.org>

ISBN: 84-86724-06-6

Depósito legal: M. 17.273-2001

31-8-1976

LA EXCELSITUD EXCELSA DEL EXCELSO SER

Dios habita en las alturas, en la excelsitud excelsa de su excelso ser, en el poder eterno de su infinita subsistencia, en la inmensidad inmensa del resplandor de sus soles, en la hondura penetrante de su sustancial sabiduría, en el recóndito profundo de su *Sancta Sanctorum*, en el abismal ocultamiento de su coeterna e infinita Virginidad...

Dios se es el que Se Es, en la compañía trinitaria de su Familia gloriosa. Y “allí”, en la altura de su excelsitud, está a distancia infinita de todo lo que no es Él, habitando en el esplendor de su gloria, cubierto y envuelto por los fulgores de su intocable santidad.

Hoy mi espíritu, sobrepasado por el conocimiento de la excelsitud del Ser, quisiera prorumpir en cánticos de inéditas melodías, explicando en deletreo amoroso aquella Alteza trascendente del que todo lo es en su infinitud de ser, del que todo lo puede, del que todo lo sabe, en el todo consustancial de su intercomunicación trinitaria en gozo de sabiduría amorosa.

Pues, desde el día 27 de agosto de 1976, en el cual, durante la oración, me sentí envuelta y penetrada por la luz aguda del que Es, ahondándome aún más en el misterio de su eterno seerse; se abrió en mí una gran necesidad de proclamar, de algún modo, lo que entendía del Excelso en la altura inconmensurable de su inmenso poderío.

Ese día, como otras muchas veces, impelida por Dios, empecé a llamarle en necesidad clamorosa de su encuentro. Me abrasaba en sed torturante del Dios vivo; en sed de penetrar el misterio, adentrándome en el recóndito sapiental de su pecho bendito. Y así, comencé a sentir que, poco a poco, me iba quedando ajena a todo lo de acá, en una dejadez que me sacaba de aquí para profundizarme “allí”, en la excelcitud excelsa del Infinito Ser, en lejanía de todo cuanto no es Él. Mi corazón se encendió en las llamas del amor del Espíritu Santo y, bajo su impulso, expresaba en alto algo de lo que entendía en la trascendencia trascendente de la inmensidad inmensa de la altura del que Es...

Era tan excelente el concierto armonioso que mi alma apercibía en el seerse del Ser, tan melódico, tan impetuoso, como miríadas y miríadas de citaristas en conciertos de perfección... Sus vibraciones eran tan candentes y los teclares de sus notas tan divinos, que, arrullada por la brisa de aquella infinita Melodía, al

prorrumpir yo en palabras, el sonido de mi voz me pareció tan tosco, tan rudo, tan desconcertante, tan estruendoso, tan desvibrante, ¡tanto, tanto...!, que, al oírlo, instintivamente rompí a llorar ante su contraste con la finura inexhaustiva del seerse del Ser, que, en infinita armonía, era apercebido por mi espíritu en cadencia sagrada. Y me quedaba en silencio para no sentirme herida en mi alma, afinada por la cercanía de aquella Suavidad infinita, en el enronquecimiento del sonido de mi voz...

Cada una de mis palabras era como un rugido estruendoso en la brisa arrulladora de una noche sellada por el silencio dentro de la espesura de un bosque, repleto de cadenciosa sonoridad.

Y, en la medida que mi espíritu era llevado “allí”, a la alteza del Ser, este contraste se me iba haciendo cada vez más doloroso y taladrante; por lo que expresaba en voz muy bajita, para no oír el “rugido” de mi decir, cuanto, en la magnitud de la inconmensurable excelencia del Infinito Ser, estaba saboreando.

Cada palabra mía me hacía llorar de gozo y de dolor por el contraste que vivía entre la Melodía infinita que apercebía de la eterna Conversación y el reteñir de mis palabras detonantes y enronquecidas.

El sonido de mi voz me parecía tan brutal y desconcertante, que surgió a mi mente una

comparación, mediante la cual, pude expresar de alguna manera la finura que, en la magnitud excelsa del Infinito Ser, estaba apercibiendo: me sentí tan detonante como el rebuznar de un asno en un concierto sublime de melodiosas armonías. Ese pobre asno manifestaba del modo que podía, en la nota desconcertante de su rebuzno, cuanto estaba contemplando. Me sentí borriquito y gocé. Y este sentimiento fluía de mi corazón, no porque yo hubiera sido humillada, sino por la excelsitud excelsa de la inmensidad gloriosa del Dios vivo, que, penetrándome en su Verdad, hacía entender algo de la alteza de su realidad a mi mente traslimitada.

Así, ahondada en la suavidad infinita del Excelso Ser, gozaba..., sufría..., amaba..., respondía..., ¡adoraba...!; prorrumpiendo constantemente en sollozos silenciosos del corazón, al irme adentrando, ante la verdad verdadera de cuanto contemplaba, en un desprendimiento de todo lo de acá. Y, como colgada entre el Cielo y la tierra, sentía ímpetus constantes de correr, rompiendo las cadenas de esta cárcel, para lanzarme a la contemplación luminosa del Amador de mis llenuras, en la luz del claro Día y para siempre.

Yo no buscaba ni morir ni vivir. Todo me daba igual. Sólo quería a Dios en el modo de su voluntad, con el estilo de su querer. Él era el centro de cuanto ansiaba, y comprendí que,

al fin, la sed de mi entendimiento se saciaba en la necesidad que, desde hacía tiempo, en mi espíritu se venía abriendo de penetrar el Misterio. El Amor Infinito, al llevarme hacia Él, me saturaba, porque yo intuía, en el mirar de su candente sabiduría, la verdad de la excelsitud inmensa de su inconmensurable poderío; al mismo tiempo que, desde su alteza, penetraba en la pequeñez diminuta de todo cuanto no era Él.

Poseída por esta verdad, penetré que la humanidad de Cristo, a pesar de su inexhaustiva grandeza, de ser más rica, más perfecta, más sublime que toda la creación junta, repleta de hermosura y santidad, saturada de Divinidad por la posesión de su Persona divina sobre ella, siendo su Yo infinito y eterno; era criatura que, desde su pequeñez, ¡adoraba la magnitud del Creador...! Comprendiendo también que, entre la humanidad de Cristo y toda la creación, incluyendo mi propia alma, existía sólo distancia de criatura a criatura, a pesar de que esa distancia era casi infinita; mientras que entre la humanidad de Cristo y la excelencia de la excelsitud del Ser había distancia infinita por infinitud eterna de distancias de ser y de perfección...

Mi espíritu adoraba junto a Jesús, la criatura más inmensa de la creación, en su humanidad. Al lado de ésta yo era tan diminuta como una

pajita junto a la grandeza del Sol. Pero entre este Sol repleto de perfecciones, y la pajita tan distinta y distante, contenidos los dos en el círculo limitado de la creación, sólo existía distancia de perfección creada; mientras que entre este Sol y el Sol Eterno, refulgente de infinitos resplandores de santidad en la grandeza de su magnitud, el cual es contemplado por toda criatura en postura adorante de rendición amorosa, ¡había distancia infinita y eterna!

Seguidamente contemplé a María, a la que hacía unos días había visto totalmente poseída por Dios, más hermosa que la luna, más centelleante que la luz del mediodía en el resplandor de su claridad. ¡Y, con la humanidad de Cristo, la penetré postrada ante la magnitud infinita del Creador, adorado por las criaturas!

Y llena de luz, de gozo y de sorprendente estremecimiento, yo repetía y repetía... una y otra vez: Entre la humanidad de Cristo y mi ser hay distancia creada de perfección; pero entre la humanidad de Cristo, que es la criatura más grande de toda la creación, teniendo en sí contenidas misteriosamente todas las riquezas de la misma creación, y el Ser coeterno, ¡hay distancia infinita en infinitud de distancias infinitas de ser, por la inconmensurable alteza de la magnitud del Increado...!

Y ¡oh sorpresa...! Después de entender toda esta verdad, empecé a profundizar de una ma-

nera nueva y agudísima cómo no era posible a criatura alguna acercarse a la excelencia del Ser por la sublimidad de su grandeza. Dios es el Intangible, al cual nadie, por sí, es capaz de llegar, si no es introducido por la misma mano poderosa del Omnipotente.

Y llena de pavor, en una nueva sorpresa, entendí, como en el año 1959, lo que era oponerse a la voluntad de Dios: la monstruosidad monstruosa del pecado, que, por la santidad trascendente del que Se Es, no podía ser reparado por criatura alguna.

¡Cómo apareció entonces ante mi mirada espiritual la magnitud indecible de la grandeza de Cristo...! Tanto, que desde la pequeñez de su ser de hombre, por la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Persona del Verbo, había sido levantado hasta la excel-situd del Ser de modo tan trascendentalmente inimaginable, que, siendo criatura, era el Hijo de Dios sentado a la diestra del Padre en el abrazo coeterno del Espíritu Santo.

Vi a Cristo tan grande que, en mi sorpresa, casi ni a mirarle me atrevía; ya que en la grandeza de su realidad era capaz, por el compendio del misterio de la Encarnación, de dar gloria a Dios en la excelsitud excelsa de su excelso ser, como la santidad inconmensurable del que Se Es se merece. Y repetía llena de amor, agradecimiento y anonadación: “¡Pero si Dios

sólo se merece a sí mismo...!” Y ese “a sí mismo” que Él se merece, era el Cristo que, en sacerdocio pleno, por la unión hipostática, era tan Dios como hombre, tan criatura como Creador, tan Adorador como Adorado, tan divino como humano...

Ante toda esta luz que iba penetrando las cavernas de mi espíritu, llorando en silencio, encendida en amor del Coeterno, trascendida por cuanto contemplaba y excedida por el Infinito, ¡adoraba...!; hablando bajito para no profanar, con el recrujir de mi “rugido”, aquel concierto de perfecciones que estaba saboreando en el silencio sagrado de la Eterna Verdad. ¡Qué bien comprendí aquellas frases de Jesús a Pilatos: “Yo he venido para dar testimonio de la Verdad...!” Pues penetraba que lo que yo estaba contemplando desde la diminuta pequeñez de mi casi no ser, era la verdad de la excelcitud excelsa del Infinito Ser ante la pequeñez de la criatura; y la grandeza inefable de Cristo, siendo capaz, como hombre, de dar a Dios la gloria que infinitamente se merece.

¡Cuánto amé a mi Cristo bendito, en el cual yo así, apoyada en su pecho, descanso...! ¡Qué grande contemplé al Jesús del Sagrario, abarcador de todos los tiempos, contensor de todas las grandezas y todos los penares, Redentor y Reconciliador, siéndose Glorificador y Glorificado por sí mismo, por el milagro sorprenden-

te de unión que en Él el Excelso había hecho entre la criatura y el Creador!

En el descubrimiento de todas estas verdades estuve prácticamente toda la mañana en profundos e inéditos contrastes: Miraba a Dios en la alteza de su inmensidad, a distancia infinita de todo lo que es creado; a Cristo como hombre y como Dios; a María cerca de Él; y a la pajita junto al Sol y la Luna, bajo el estrado de sus pies que, con su enronquecida voz llorosa, expresaba, encendida en la brisa del amor del Espíritu Santo, lo que en el pensamiento de la Eterna Sabiduría estaba comprendiendo.

Iluminada por esta misma verdad, amé a la Iglesia, el Cristo Grande de todos los tiempos; lo entendí en la perpetuación del misterio del Amor Infinito muriendo de amor como manifestación cruenta en expresión de su grandeza y en manifestación cruenta también de la maldad de nuestra bajeza...

Era la Iglesia Santa de Dios, Cristo Grande, Cabeza y miembros, la que seguía en ignominiosa persecución, tirada en tierra en Getsemaní, siendo azotada, escupida, coronada de espinas, “gusano que se arrastra y no hombre”, “sin figura humana”, “el desecho de la plebe y la mofa de cuantos le rodean...”; Sacerdote Grande que, en la plenitud de su sacer-

docio, está entre Dios y los hombres; siendo manifestación viva en verdad clara de la luz del Sol, nublada en la crucifixión de Cristo, al retremblar la tierra, por el sacrilegio del hombre, que se atrevió, en su desconcertante malicia, a intentar destruir a Dios matándole.

¡Qué hermosa comprendí a la Iglesia, a mi Cristo Grande, en la inmensa abarcación de su universalidad...!

Eran tantas las luces en un solo día, ¡tantas...!, que me sentía como arrebatado el alma del cuerpo. La cual, en lanzamiento amoroso, adoraba a Dios con Cristo, amaba a Cristo como Sumo y Eterno Sacerdote, capaz por sí de coger al hombre y levantarlo a la excelsitud excelsa del Infinito Creador, y capaz de abajar a Dios hasta la pobreza de la criatura.

Amé a mi Iglesia Santa, y me experimenté nuevamente besada, querida y mecida por el Mar inmenso del Infinito Ser. Unas veces con la brisa de su caricia y otras con el fragor de sus olas, me llevaba y traía con voz impetuosa de inédita conversación, arrullada por su infinita voluntad. Me sentía tan feliz en el Océano de mi Amador Eterno, que sin miedo ante el esplendor de su gloria, le miraba, escuchando tiernas, dulces e inéditas palabras de amor... Yo era su “pajita”, sin más deseo que glorificarle, dejándome llevar y traer por el impulso sabroso de su infinito querer...

Supe a Dios en su Sol; y, al mirarle, contemplé su hermosura que encendió mis ternuras por Él. Le miré, me miró... y, en su pecho, le amé levantada a la alteza de su inmenso poder.

Y hoy pregunto, sin saber cómo fue: ¿Hasta dónde me alzaste...? ¡No lo sé...!

Y barrunto en mi hondura, en palabras candentes de amor: “No te mires; Yo te llevo hasta mí cuando quiero, y te vuelvo a dejar, si me place, en el suelo... No te mires, mírame; Yo tan sólo, en la eterna excelencia de mi excelso poder, soy tu Todo”.

1-9-1976

DIOS SE ES MISTERIO ETERNO

Al Excelso contemplé
en su infinitud excelsa;
y tanto me anonadé,
poseída en su grandeza,
¡que vivo traslimitada
en sorprendente sorpresa...!

Él es Aquel que Se Es,
fuera de cuanto es bajeza,
por seerse, en su poder,
la Capacidad inmensa
que todo lo puede ser
en divinal complacencia.

Y allí, ahondada en su ser,
contemplando su excelencia,
me sentí tan pequeñita,
que ya ni “pajita” era
ante aquella Inmensidad
de tanta altura en su alteza,
que ni mirarle quería
por mi pequeña pobreza...

Él es el Ser en su ser
de tan sapiental sapiencia,
que dentro de sí prorrumpe

en Sabiduría eterna,
en Palabra tan divina,
que es Dios mismo el que se expresa
en silenciosos conciertos
de melodías inéditas.

Su Voz es toda armonía
en vibraciones tan bellas,
que el que barrunta el “sonido”
de la Palabra coeterna
sabe, de gustar sabiendo,
su Concierto en tal belleza,
que todo lo que no es Él
son tosquedades terrenas...

¡Si yo pudiera expresar,
en mi pequeña manera,
la infinita realidad
de la Excelsitud Excelsa...!

¡Si dejara traslucir
algo de aquella Realeza,
en el “rugir” de mi voz
para expresar mis vivencias...!

Dios se es Misterio eterno
que, cuando a mi ser se acerca,
yo en su manera le miro,
y “allí” entiendo lo que encierra
la excelsitud del Excelso
en coeterna excelencia...,
¡en vida, que es todo Ser
de interminable potencia!

PERFECCIÓN DEL SER DE DIOS

(Del libro "Frutos de oración")

141. ¡Cómo será la riqueza de Dios, que, a pesar de ser el hombre libre, cuando le ve en su gloria, por perfección avasalladora del Infinito, no puede más que adherirse a Él, en olvido total de sí; siendo esta misma adhesión la que le hace vivir en participación perfecta e inmutable del sumo Bien...! (9-1-65)

142. Dios, por plenitud riquísima de su ser y perfección, al ser visto claramente, robará nuestra voluntad libre, la cual, subyugada, se le adherirá gozosa y libremente en un júbilo de amor beatífico. (9-1-65)

143. Busco..., busco mi eterna Melodía; y ante todo lo creado, por muy hermoso que sea, rompo en un: ¡no, eso no es lo que yo busco en mi noche...! ¡Quiero a Dios en el concierto infinito de sus eternas perfecciones! (8-6-70)

1.796. Busco la luz del Sol eterno, el calor de sus brasas, el fulgor de sus fuegos, las llamas llameantes de sus candentes volcanes; y busco,

a un mismo tiempo, el frescor de su brisa, el refrigerio de sus fuentes, la saciedad de sus manantiales, el alimento de sus frutos y el contacto de su amor. (6-3-73)

1.810. Yo soy feliz, porque encontré la vena riquísima de los eternos Manantiales donde bebo a borbotones, saciando, en la infinita sabiduría, mi sed torturante de Dios... Pero tengo una pena honda, ¡honda!, que me taladra el espíritu, por las «voces» del Amor Infinito que me dicen: ¡Muéstrame a los hombres, canta tu canción! (13-6-75)

1.818. ¡Qué grande es el misterio divino dentro de mi corazón, qué llenura, qué concierto de amor, qué luminosidades de gloria, qué impregnación de sabiduría...! ¡Oh, si el hombre descubriera, en la caverna del Manantial abierto, la felicidad avasalladora que Dios le brinda...! (9-12-72)

1.815. Alma querida, cualquiera que seas, tú que buscas experiencias sabrosas en lo profundo de tu corazón, no te afanes en encontrarlas donde no están; lánzate al manantial infinito del eterno Ser, y allí encontrarás, en las sapientales corrientes de la felicidad eterna, eso que buscas sin tú saber lo que es. (9-12-72)

17-9-1972

ADORA EN SILENCIO

¡Oh, si yo pudiera cantar el poema
que encierro en mi seno...!
¡Si manifestara la hondura profunda
de Dios sin conceptos...!
¡Si deletreara, en notas de amores,
mis fuegos inmensos...!

Es Brisa callada, son suavidades
de Cielo en destierro,
ímpetus profundos
en arrullos tiernos
como en melodías...
¡No sé lo que tengo,
no sé lo que digo,
ni cómo exponerlo!

Siento a Dios muy hondo
dentro de mi pecho
en brisas de amores,
en llamas de fuego,
en palabras tiernas
cual inmenso Beso...

Siento a Dios en brisa,
como en un concierto
de suavidades
en tiernos silencios...

¡Ay, si yo expusiera
lo que tengo dentro,
lo que siento en brisa
y el modo en que es esto...!

Calla, alma querida,
oculta el misterio.
¿Cómo has de exponer
con pobres conceptos
al Inmenso en vida,
dentro de tu pecho...?
¿Cómo expresarás
sus amores tiernos
y lo que tú sientes
en lo más interno
ante el néctar dulce
de su eterno Beso?

¡Que nadie se entere
de estos mis misterios,
de las expresiones con que yo prorrumpo
para descifrar los toques secretos
en la hondura honda de mi seno abierto!

Quisiera ser lira
de eternos conciertos,

para responder
en dulces acentos
a las melodías
que siento en mi seno.

¡Quisiera ser ángel,
quisiera ser Cielo...!

Mas, calla, alma mía,
y adora en silencio,
que la adoración
responde al Inmenso.

19-7-2000

EL SANCTA SANCTORUM DE LA FAMILIA DIVINA

¡Oh Resplandor infinito y eterno de subsistente sabiduría y de virginidad trascendente, oculto y envuelto en la profundidad profunda y sagrada de tu infinita santidad!

Yo necesito, ahondada y traslimitada, desde la pobreza de mi nada, beber de los raudales de tus manantiales en la concavidad coeterna y trinitaria de tu infinita perfección, para embriagarme en el néctar riquísimo de tu divinidad; e introducida por ti en la recámara secreta de tu inagotable ser, apercibir el concierto inefable en teclares de inéditas melodías, que, en infinitud de atributos y perfecciones, Tú te eres, ¡oh mi Dios trinitario!, en la rompiente de tu misma divinidad; en la hondura honda de Tú serte el Ser, el único Ser que, en subsistencia infinita y eterna, irrumpes en jubilosas armonías fluyentes de divinidad, como cataratas y cataratas de infinitud de perfecciones en infinitud por infinitudes de atributos que son una sola, inexhaustiva, simplicísima y pletórica perfección.

La cual Tú te eres, ¡oh mi Dios Infinito!, por ti mismo y en ti mismo en un acto de subsistencia eterna, sido y poseído en el instante consustancial y coeterno de Tú serte el que te eres, sin principio ni fin, en ti, por ti y para ti, ¡oh Infinito Ser!; que, saturando mi alma en la suavidad sapiental de tu trascendente y eterna sabiduría, me haces penetrar en tu mismo pensamiento; para que, así, yo lo pueda deletrear del modo que me sea posible, embriagada y como saturada por el saboreo del néctar riquísimo de tu divinidad; y viva, bebiendo, en aquel punto-punto de tu engendrar divino, de la fluyente sabiduría amorosa que Tú te eres en un saboreo tan profundo, tan inédito, tan sagrado y de tanta excelencia, que, envuelto y cubierto por la virginidad trascendente de tu santidad eterna, te hace ser ¡el Ser!, ¡el Ser de sapiental Sabiduría en Explicación cantora de Amor eterno!

¡Oh fecundidad inexhaustiva del Padre subsistente de por sí, en sí mismo y para sí! Oh Padre, que, rompiendo en paternidad por la plenitud infinita de tu inagotable perfección, te eres en una fecundidad tan pletórica y exuberante de ser, que te hace romper engendrando en aquel punto-punto, misterioso y oculto, silencioso y velado, donde te eres la Paternidad fecunda e infinita de inexhaustiva perfección,

engendrando al eterno *Oriens*, al que siempre tienes engendrado y estás engendrando como fruto de tu fecundidad;

Emanación de tu misma sabiduría en expresión melódica de infinitos cantares, tan perfecta y consustancialmente, que el Hijo engendrado, que tienes en tu seno siempre engendrado y siempre engendrándolo, sale sin salir, brota sin brotar, como fruto de tu sabiduría amorosa, en el punto-punto de tu engendrar divino irrumpiendo en Luz de centelleante y refulgente sabiduría amorosa, dando a luz a la Luz de tu misma sabiduría, a tu Unigénito Hijo, Figura de tu sustancia e Imagen de tu misma perfección en explicación cantora de infinitas perfecciones, Palabra eterna de melódicos cantares en expresión deletreada y explicativa de cuanto Tú eres.

¡Verbo mío...! ¡Luz de Luz...! ¡Claridad de Claridad...! ¡Resplandor del Sol divino...! Figura de la sustancia del Padre..., de la misma naturaleza del Padre; que, en retornación amorosa-filial, expresas, siendo la Palabra sustancial de su inagotable perfección, en un júbilo de amor tan sublime y tan gozoso de respuesta explicativa y amorosa al Padre, todo cuanto Él se es en la profundidad profunda de la concavidad de su subsistencia infinita y que le hace romper en fecundidad divina entre esplendores de santidad, engendrándote.

Al cual Tú, ¡oh Verbo mío!, te retornas en tu cántico de infinitas melodías en respuesta amorosa y delirante de amor; en un amor tan perfecto, ¡tanto, tanto!, que, como fruto de la fecundidad del Padre amando a su Hijo en paternidad amorosa, y de la expresión del Verbo en filiación retornativa de amorosa canción al Padre; surge radiante, de la espiración amorosa del Padre al Hijo y del Hijo en filiación amorosa e infinita al Padre, un Amor tan perfecto, ¡tanto, tanto!, que es todo lo que es el Padre en su serse Padre de fluyente fecundidad, por su ser, y todo lo que es el Hijo, por el ser recibido del Padre, en filiación de amor retornativo en deletreo amoroso de infinitos y eternos cantares.

Y el amor con que se aman es tan perfecto, que es todo el ser que el Padre, en un acto de fecundidad engendradora y amorosa, le da al Hijo; y que el Hijo le retorna al Padre en el mismo instante-instante, sacrosanto, secreto y sagrado, del engendrar divino; en un abrazo paterno-filial tan infinito, coeterno y amoroso, que hace surgir en fluyentes cataratas de divinidad al Espíritu Santo, Beso amoroso del amor paterno-filial del Padre y del Hijo, en Persona Amor de júbilo eterno, consustancial e infinito.

En un romance de amor de inéditas melodías, y por el poderío infinito y subsistente del Padre, sido de por sí, y del Hijo que lo tiene en sí mis-

mo y para sí mismo en retornación amorosa, recibido del Padre, surge el Espíritu Santo, Abrazo coeterno de amor infinito del Padre y del Hijo; que, por exigencia de la perfección de su misma divinidad, es otra Persona: descanso amoroso de la paternidad y filiación, del amor con que se aman el Padre y el Hijo en su paternidad engendrando y su filiación de retornación explicativa.

Y en un júbilo de sabiduría amorosa, Dios, por exigencia de su misma perfección, rompe en tres Personas de Familia trinitaria en Sabiduría de Explicación cantora de Amor eterno.

Siendo Dios tan perfecto y acabado en su engendrar divino, como el Unigénito del Padre en su expresar; en un amor de donación retornativa paterno-filial de tanta fruición en descanso infinito y coeterno, que hace, que el Beso que se dan sea tan perfecto y acabado, tan infinito, glorioso y eterno, ¡tan ser!, ¡tan ser por el ser que ha recibido del Padre y del Hijo!, como el Padre se es Padre y el Hijo es Hijo; en un gozo gloriosísimo y dichosísimo de intercomunicación trinitaria.

Siéndose Dios un solo ser, sido por el Padre en rompientes de fecundidad eterna e infinita de luminosa sabiduría; expresado por el Verbo en jubiloso Canto de inéditas melodías; y amado por el Espíritu Santo, Amor personificado, fruto amoroso del Padre y el Hijo en Beso de amor paterno-filial.

¡Oh paternidad fecunda de filiación expresiva!, que les hace romper al Padre y al Hijo en un Beso de amor tan perfecto, que el amor con que se aman es otra Persona, el Espíritu Santo; tan ser perfecto, ¡tanto y de tanta fruición retornativa y acabada!, ¡tan ser!, como el Padre y el Hijo; Beso en descanso amoroso de los Dos en un abrazo coeterno de divinidad en Familia gloriosísima de vida divina y trinitaria.

¡Qué feliz es Dios en la plenitud exuberante y pletórica de su perfección, sida y poseída por el Padre, expresada por el Hijo; en tal exuberancia de amor paterno-filial, saturada y pletórica de divinidad, que el amor con que se aman en paternidad y filiación amorosa, es tan perfecto, ¡tanto, tanto, tanto! que es todo el ser del Padre y del Hijo en Persona amor; ¡Beso descansado que hace que Dios sea tan perfecto en su ser como en sus relaciones, rompiendo en Familia divina y coeterna en un acto inmutable de infinita perfección!

¡Oh qué feliz es Dios en la Sabiduría Explicativa y Amorosa de su subsistente ser! ¡Qué feliz es Dios! que tiene en sí, por sí y para sí, todo cuanto puede ser en infinitud de ser, en una sola perfección, tan perfecta y acabada, que cada una de las divinas Personas es y tiene el ser en su modo personal:

El Padre, de por sí; el Hijo, recibido del Padre, en un reventón de júbilo eterno de explicación cantora; y el Espíritu Santo, como fruto de la sabiduría amorosa del Padre y el Hijo en Beso de amor.

¡Oh qué feliz es Dios! en aquel punto-punto de su engendrar divino, envuelto y cubierto por el manto de su infinita, coeterna y trascendente virginidad; en el ocultamiento velado de su santidad eterna, en la Cámara nupcial donde a nadie le es dado entrar sin ser invitado e introducido por el brazo amoroso de la misma Divinidad, y sostenido por la fuerza de su omnipotencia; para que, en un romance de amor de inéditas melodías, pueda penetrar, con los resplandores de la luz del Sol eterno, en el engendrar divino; y descubrir, en la fecundidad fluyente de sus eternas cataratas, al Verbo surgiendo en Palabra de inéditas canciones que, en delecto amoroso, le dicen al Padre, en Dicho eterno de retornación filial, todo lo que es y cómo se lo es y por qué se lo es, y cómo se lo está siendo en el instante-instante sublime y sagrado de estarse siendo en sí, de por sí y para sí, el Eterno Seyente en fecundidad engendradora de paternidad divina.

¡Oh qué feliz es Dios en la fruición pletórica de su perfección en rompiente de infinita Sabiduría de Explicación cantora de Amor eterno!

¡Qué feliz es Dios, que siéndose el que Se Es en la unión perfecta, pletórica y acabada de su misma divinidad, es un solo ser en tres Personas, que cada una se lo tiene en su modo personal y en las otras y para las otras divinas Personas, para su gloria y contento en intercomunicación trinitaria de vida divina; y que, por su infinita perfección, hace que Dios sea tan perfecto y acabado en su Trinidad de Personas como en la unidad pletórica y exuberante de su ser; que cada una se lo tiene en sí para su disfrute eterno y dichosísimo y en las otras divinas Personas;

Siendo Dios tan infinitamente uno en su ser como infinitamente distinto en el modo personal de serlo cada una de las Personas, en descanso amoroso de Sabiduría Explicativa en Beso de amor.

¡Qué feliz es Dios...!, ¡y qué feliz soy yo de que mi Dios sea tan feliz en el recóndito profundo de su engendrar divino envuelto y cubierto por la santidad intocable de su inexhaustiva e infinita divinidad!

Y que mi espíritu, traslimitado e invitado por la potencia poderosa del Infinito Poderío, ha penetrado y saboreado en un presunto de Eternidad; que me hace, rebosante de amor, delirante de alegría y embriagada en el néctar riquísimo de esta misma divinidad, contemplar

con el Padre, por participación, su infinita perfección según su complacencia divina me lo quiera otorgar; cantarle con el Verbo y besarle en el arrullo melodioso del amor del Espíritu Santo.

Para que, embriagada por el saboreo del néctar de su divinidad, viva bebiendo de los raudales de sus infinitos y eternos Manantiales, en el gozo dichosísimo, gloriosísimo, pletórico y divinizante de su misma perfección reventando en Familia de gozo eterno.

¡Qué feliz es Dios, y ¡qué dichoso! que tiene en sí todo cuanto puede ser en su solo acto de ser trinitario!

Porque Dios, en la exuberancia pletórica de su infinita perfección, no necesita del tiempo para estarse siendo sido, todo cuanto es en un solo acto de ser en tres Personas, para conocerse, expresarse y amarse como infinita y eternamente se merece.

¡Oh qué feliz es Dios...!, y ¡qué feliz es mi pobrecita y limitada alma!, iluminada por la misma sabiduría divina e introducida por su infinito poderío, lleno de misericordia y amor, en su Cámara nupcial; para descubrir, penetrar y vislumbrar, nuevamente, llena de gozo espiritual y saboreo amoroso, en el instante sublime, exuberante y pletórico de gozo de la Eternidad, penetrada de la sapiencia divina, cómo Dios no necesita del tiempo para serse en sí y

de por sí un solo acto de ser en Familia trinitaria de gozo infinito, divino y eterno.

Ya que se es, sido, poseído y dicho, en un solo acto de Sabiduría Expresada en Amor eterno, infinitamente inmutable, abarcado, glorioso y coeterno de ser.

Mientras que mi espíritu, tembloroso, reverente, adorante y asustado, al contemplarlo desde el destierro, bajo la luz de la fe, pero iluminado por los dones del Espíritu Santo y fortalecido por la fuerza de la gracia y el poder del Eterno, en un trasunto de Eternidad; y al penetrarlo en su solo acto de ser, entendiendo cómo es —en el modo y la manera que Dios sólo sabe— desde mi pobre sabiduría iluminada por la misma sabiduría divina; irrumpe como en un lamento desgarrador, al tenerlo que proclamar a través de la limitación de mis pobres palabras y la contención del tiempo de este largo peregrinar.

En el cual se va viviendo y expresando sucesivamente lo que, en su sublime acto de Eternidad, Dios se es en su instante de vida en Sapiental Sabiduría, Expresada en Amor, sida y poseída en intercomunicación trinitaria en su solo acto o instante de ser; y que el mismo Dios transmite al alma, haciéndola penetrar en su inmutable e infinito acto de ser, levantándola a la contemplación instantánea de la Eternidad.

¡Oh qué feliz es Dios en su solo acto de ser, sido, poseído y abarcado en el gozo dichosísimo y gloriosísimo de su Familia Divina en Trinidad de Personas, sin necesitar del tiempo!

Y ¡¿cómo podrá el alma, cuando trascendida a la intimidad del Gozo eterno, desplomada de amor, reverente y adorante, iluminada por la Sapiencia divina, es introducida por el brazo omnipotente de su omnipotencia, en el *Sancta Sanctorum* de la Familia Divina; expresar lo que, en una ráfaga de luz descubrió en el instante-instante sin distancia de tiempo y lugar, para que lo manifieste a través de la limitación del tiempo y de la distancia de este continuado y limitado peregrinar...?!

¡Qué feliz es Dios! y ¡qué glorioso! ¡Y qué feliz es mi pobrecita y desvalida alma! que, participando del júbilo de amor que Dios se es, temblorosa, asustada y delirante de amor, enamorada y embriagada en el néctar de la divinidad y penetrada de la infinita sabiduría del Coeterno Ser fluyendo en tres Personas; se goza en lo que Dios se es en sí, por sí y para sí, y sin necesitar de nada ni de nadie para serlo.

Porque, si Dios, para ser más dichoso, más acabado, más perfecto y más glorioso, necesitara algo fuera de sí, sería porque a su inexhaustiva perfección, coeterna, infinita y acabada, le

faltaba algo para ser el Ser subsistente en sí mismo y por sí mismo en infinitud de ser por infinitudes infinitas de atributos y perfecciones; que, sido y poseído, tiene abarcado en sí mismo y por sí mismo en su solo acto de vida, todo cuanto puede ser en infinitud por infinitudes de ser, y en un acto de vida trinitaria de perfección infinitamente abarcada de gozo eterno, en disfrute acabado de infinita y coeterna divinidad.

Y qué contenta está mi alma de haber saboreado, desde la pequeñez de mi pobreza, algo de la excelencia del Ser; que sin poderlo abarcar, sólo en un trasunto de su divinidad, me ha dejado saturada en la necesidad como insaciable que tengo en la médula del espíritu; y que me hace suspirar, jadeante, a través de este penoso peregrinar lleno de melancolía y repleto de esperanza, por el día dichosísimo de la Eternidad.

En el cual seré introducida en la Cámara nupcial del *Sancta Sanctorum* del engendrar divino en aquel punto-punto, en el cual el Padre está pronunciando, rompiendo en fecundidad engendradora, su Palabra de infinitas melodías, cubierto y envuelto por el velo suntuoso de su virginidad trascendente de santidad intocable, en el abrazo coeterno e inmutable del Espíritu Santo, Amor personal del Padre y del Hijo en disfrute dichosísimo de júbilo eterno.

¡Oh qué feliz es Dios! y ¡qué feliz hace al alma!, a la cual, por un acto de su voluntad amorosa la introduce en las mismas lumbreras de la Eternidad, para vivir por participación la vida que Dios vive: mirándole con las lumbres de sus centelleantes Ojos, cantándole con su Boca, y besándole con el amor infinito del Espíritu Santo, descanso amoroso del Padre y del Hijo en disfrute dichosísimo de gozo perfecto.

¡Qué feliz es Dios! y ¡qué dichosa me siento de que mi Dios sea tan feliz, sin necesitar de nada para serlo! Y que, por un acto amoroso de vida trinitaria rompiendo en misericordia infinita, se ha complacido en hacernos semejantes a Él, para que le podamos participar, aquí en fe mediante los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo que se nos dan por ser Iglesia Católica, Apostólica y Romana y desde su seno de Madre, y en la Eternidad en luz de claro día; con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

Alma queridísima, gózate en que Dios sea lo que es en sí, por sí y para sí. Procurando hacerlo en un acto de amor puro lo más perfectamente que puedas, como lo harás y vivirás en la Eternidad en la participación gozosísima y coeterna de las divinas Personas, y en la compañía dichosísima y gloriosa de todos los bienaventurados y ángeles de Dios; que postrados

en reverente adoración y en un éxtasis glorioso de Eternidad, robados, subyugados y sobrepasados por la hermosura del rostro del mismo Dios, resplandeciente de divinidad, exclaman en su cántico de gloria:

¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo! ¡Tú solo Santo!, ¡Tú solo Altísimo!, ¡Tú solo Señor! A ti sea dado todo honor y gloria en el Cielo y en la tierra.

¡Oh qué dicha de júbilo eterno, almas queridísimas, la de la Eternidad!, donde los bienaventurados estarán saturados, por participación, de la misma dicha y gozo que Dios vive, de la plenitud de su divinidad.

Siendo su gozo esencial que Dios sea lo que es en sí, por sí y para sí y en todos y cada uno de los bienaventurados; y vivido y poseído por todos en la misma dicha disfrutativa y gloriosísima de la Familia Divina.

Alma querida, lánzate conmigo, impelida por la brisa sagrada y callada, profunda, secreta y velada del arrullo del Espíritu Santo, en la búsqueda incansable de Dios; para que llenes el único fin para el cual has sido creada, y puedas repletar todas las exigencias de tus capacidades en el gozo dichosísimo de los bienaventurados.

Hijos amadísimos de la Santa Madre Iglesia, este romance de amor, vivido y saboreado en la intimidad profunda de la Familia Divina, y

participado por el alma, hoy os lo expreso sólo como el Eco diminuto de la Santa Madre Iglesia, en repetición de sus cantares, y movida por Dios desde el año 1959, cuando, durante largos ratos de oración repletos de sabiduría amorosa, el Señor imprimía en mi espíritu:

“¡Vete y dilo...!”; “¡Esto es para todos...!”

Comprendiendo de un modo claro y contundente, bajo la luz, la fuerza y el impulso del Espíritu Santo, que cuanto, de una u otra manera Dios me comunicaba para que lo manifestara, no era para que lo viviera sólo una clase de almas privilegiadas, sino para que fuera vivido por todos: pueblo sacerdotal, almas consagradas..., por todos, ¡por todos los hijos de Dios!, de todo pueblo, raza y nación, en sabiduría amorosa de comunicación íntima y filial con la Familia Divina.

Como el mismo Jesús manifestó en el Evangelio enseñando a sus Apóstoles:

“El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada”.

Y “Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia”; y “la vida eterna consiste en que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a Jesucristo tu enviado”.

Y una vez más contestaba Jesús ante la petición espontánea de uno de sus íntimos: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta”.

— “Felipe, ¿tanto tiempo hace que estoy con vosotros y aún no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; porque el Padre y Yo somos una misma cosa”.

Hijos de la Santa Madre Iglesia, Dios nos creó esencialmente sólo para que le poseyéramos, introduciéndonos en la participación de su misma vida divina, aquí en fe y en la Eternidad en la luz coeterna del Infinito Ser.

Por lo que, impulsada e impelida por la fuerza de su gracia, invito a todos a buscar a Dios. Ya que, por el vacío de su llenura en este mundo, andamos, en el peregrinar del destierro, ansiando la felicidad y llenura de las capacidades de nuestras apetencias, sin encontrarla, tal vez, porque “me dejaron a mí que soy fuente de aguas vivas, y se cavaron cisternas y cisternas agrietadas”; al no haber descubierto aún el camino luminoso, lleno de santidad y vida, que se nos da en el seno de la Santa Madre Iglesia, repleto y saturado de divinidad, por Cristo y a través de María, con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

Único fin para el cual hemos sido creados y que saturará las apetencias insaciables de nuestro corazón reseco y vacío que, aun sin saberlo, busca, en su sed insaciable, el Rostro de Dios en el lodazal de este mundo que camina

errante sin descubrirlo en la plenitud de su felicidad, para la cual el mismo Dios nos hizo hijos suyos y herederos de su gloria, por el misterio de la Encarnación, vida, muerte y resurrección de Cristo.

¡Oh si los hombres descubrieran a Dios! clamarían por Él como el ciervo sediento brama por las fuentes cristalinas de las aguas.

Escucha hoy, alma queridísima, este canto de amor que he deletreado a tu alma bajo el impulso, la luz y la fuerza del Espíritu Santo que me hace exclamar con mi grito de:

¡Gloria para Dios! ¡Almas para su Seno! ¡Sólo eso! ¡Lo demás no importa!

18-2-1976

DIOS ES TRINIDAD

Yo quiero el silencio que envuelve al Dios vivo,
donde, en el concierto de su teclear,
apercibo voces de eterno misterio,
dentro, en las honduras de su palpitar;

porque allí se escucha, en hablas secretas,
al Verbo infinito fluyendo en Cantar,
en aquel momento velado y envuelto
en que el Padre Eterno es todo engendrar.

Instante sublime de inédito ensueño,
donde, en su seerse, Dios es Trinidad;
Trinidad sapiente de amor coeterno,
que, en un solo seerse de Divinidad,
es Familia en gozo de inmensos fulgores,
dentro, en el misterio de su claridad.

Espíritu Santo, Amor del Dios vivo,
Caridad eterna, divino Besar...

beso yo en tu boca allí, en tu silencio,
al Padre sapiente rompiendo en Cantar.

Y, en aquel secreto de vida infinita,
dentro de mi pecho y en mi palpitar,
también yo apercibo aquel gozo eterno,
porque en mi alma-Iglesia Dios puso su Hogar.

15-1-1983

¡QUÉ SUBLIME ES ADORAR AL COETERNO EN SU SENO!

Quando tu sapiencia inunda
mi pequeño entendimiento,
toda yo rompo en cantares
descifrando tus misterios.

Porque lumbres son tus ojos
de refulgores tan bellos,
que dejan mi ser herido
al contacto de tu beso.

Es tan sapiental tu vida,
¡que, en Palabra, surge el Verbo
por la afluencia infinita
de tu seerte el Inmenso!

Todo cuanto puedes eres
en recóndito secreto,
del modo consustancial
que Tú sólo puedes serlo;

en un poder que en ti es serte
la Divinidad sin tiempo,

siendo seída y seyéndotela
siempre y en cada momento,

sin que exista esencialmente,
en tu eternidad sin tiempo,
en la lumbrera infinita
de tu eterno pensamiento,

nada que no seas Tú,
porque Tú eres el Excelso,
la Infinitud sin principio
y el Coeterno en tu seno.

Tú te eres el Principio
que rompes, de tanto serlo,
en tu Palabra cantora,
en un abrazo tan bueno,

que, en amores encendidos,
el Padre y el Hijo eternos
se besan divinamente,
con tanto amor al hacerlo,
que, en rompiente de sapiencia,
Dios mismo en sí rompe en Beso;

en un Beso tan sublime
y de tanto abarcamiento,
que ya el Espíritu Santo
es Persona en el Misterio
que revienta en Trinidad
de sublime entendimiento.

¡Oh eterna Sabiduría...!
¡Lumbre en Soles de los Cielos...!
exprésame tu Palabra
en la hondura de mi pecho,
para yo romper cantando
la perfección que en ti entiendo;

y, de este modo, al decirte
en mi expresión como puedo,
toda me siento abrasar
en el volcán de tus fuegos,
sin más querer que adorarte
porque te eres el Sintiendo.

Adorarte es mi postura,
mi descanso y mi recreo,
porque ésa es la moción
que en mi espíritu has abierto
al recorrerme los velos
de tus divinos misterios;

adorarte y darte gloria
cantándote con tu Verbo,
mirándote con tu Vista
y besándote en tu Beso;

y sabiendo, sin saber,
en los modos de este suelo,
que en ti el saberte es ser
el Ser que, en su serse eterno,
se es seído por sí
en su virginal secreto.

En ti no existe el principio
-¡yo en ti principio no veo!-,
y Tú eres el Principio
que nunca ha empezado a serlo,
porque, seído, te eres,
siempre y en cada momento,
la Subsistencia infinita
y el Subsistente perfecto.

Yo no sé cómo expresar
cuando algo en ti comprendo
de la realidad divina
que, en coeterno entendimiento,
te eres, por serte el Ser,
en Familia de recreo.

¡Yo no sé lo que me entra
cuando me muestras con velos
algo de cuanto Tú eres
dentro de tu ocultamiento...!

Y por eso yo me postro
en profundo acatamiento
de adoración reverente,
y en sublime rendimiento
al contemplarte en tu vida
de coeterno misterio;
y en el Sumo Sacerdote
que me diste en el destierro
te doy alabanza y gloria,
descansando en mis anhelos.

Yo te miro con tu Vista
y te expreso con tu Verbo
y te beso con tu Boca,
abrasándome en las lumbres
de tus lucientes luceros...

Y, al mirarte y al mirarme,
yo te adoro como puedo,
ya que sólo, al contemplarte,
deseo glorificarte,
recreándome en hacerlo,
sumida en adoración
desde la tierra hasta el cielo.

Tú eres “el que te eres”
en tu seerte el Eterno,
y yo soy tu adoración,
porque, al mirarte, no puedo
más que caer de rodillas,
cantando tu ser excelso.

¡Qué sublime es adorar
al Coeterno en su seno,
siéndose siempre seído,
en su seerse el Dios bueno,
potencial Sabiduría
de sublime entendimiento,
en Trinidad infinita,
que yo adoro como puedo...!

LA FAMILIA DIVINA

(“Frutos de oración”)

299. Dios habla en su compañía esencial y trinitaria, y la Palabra que explica la realidad divina viene a los suyos para continuar su conversación entre nosotros durante todos los tiempos, y así meternos en el seno de la Trinidad haciéndonos confidentes y participantes en su comunicación eterna. (4-9-64)

303. Cuando profundizada en tu abismo escuché tu divina Palabra, vi que toda palabra que no eras Tú me hundía en la tenebrosidad triste de la muerte; y entonces suspiré por el divino Decir que, en el silencio de la oración, mi alma escucha, en su sonido de vida eterna. (18-12-60)

305. Ahondada en el sacro misterio del Silencio, vi que en una sola y silenciosa Palabra estaba dicha toda la vida divina y humana, y entonces, impelida por el amor, me decidí a no decir ni pronunciar más Palabra que ésta; y ¡oh

sorpresa! me hice tan Palabra, que sólo sabía cantar la vida de Dios en el seno de su Iglesia. (18-12-60)

327. Por la luz amorosa del Espíritu Santo, es introducida el alma en el recóndito misterio del Infinito Ser, para saber, con gozo perfecto, la ciencia sabrosísima que, sólo en el mismo Espíritu Santo, somos capaces de disfrutar, mediante el paladeo dichosísimo de su cercanía. (14-10-74)

331. La vida espiritual es un romance de amor entre Dios y el alma, solamente conocido y sabido por el que se entrega al Amor Infinito incondicionalmente, y descubierto por los pequeños y limpios de corazón. (11-3-75)

1.819. Cuando buscas el saboreo de la felicidad, la posesión del amor y la llenura de tus apetencias, estás hambreado a Dios sin saberlo; y, por eso, todas las cosas que no son Él, sólo consiguen dejarte en la experiencia de un más profundo vacío... (9-12-72)

1.817. ¿Quién aplacará nuestras ansias de Dios? ¡Sólo Él, con la luz centelleante de sus soles, rompiendo en resplandores de infinita sabiduría! (13-6-75)

8-8-1973

¡AY, SI YO DIJERA...!

Mi vida hoy es gloria
que encierra a los Cielos,
en la melodía sangrante y profunda
de la voz del Verbo,
que, en voz infinita
de infinito acento,
con la infinitud
de su pensamiento,
va delineando,
en tenues conciertos,
bellos atributos
de su ser eterno.

Mi alma hoy es gozo,
porque encierra a Dios
envuelto y cubierto
por la infinitud
de su ocultamiento;
y en él todo es dulce,
de silencio quedo,
en el cual Dios vive
su vida en silencio.

Mi vida es cruzar las fronteras,
dejando el silencio terreno,
para introducirme,
después que en él quedo,
en aquel Silencio divino y profundo
del hablar del Verbo.

¡Ay, cuando yo logro cruzar los umbrales,
y cerrar la puerta, quedándome dentro...!
¡Ay, cuando yo pierdo todo lo que es muerte
de vida en destierro,
para introducirme en las claridades
del ser del Inmenso...!

¡Ay, cuando consigo, tras de mis silencios,
dentro del “*Sanctorum*”
que envuelve el Excelso,
beber de las fuentes
de sus refrigerios,
y calmar mis brasas,
y aplacar mis fuegos
con el Agua viva
que inunda los Cielos...!

¡Ay, cuando yo logro en días de fiestas,
para mis adentros,
vivir un instante
–tan sólo un momento–,
dentro de la hondura del pecho infinito
en volcán abierto...!
Toda yo me torno en el colorido
del fuego candente que Dios tiene dentro.

Cuando yo consigo,
después de un silencio,
encontrar a Dios,
todo lo que es tierra,
lo que son conceptos,
lo que es criatura
y lo que es terreno
me estremece el alma,
me hiera en el pecho,
me pone sangrando
por la gran finura
del que tengo dentro.

¡Ay, si yo expresara el toque de Dios
vivido muy quedo...!
¡Ay, si yo lograra,
tras pobres conceptos,
decir lo que siente
mi pecho en su centro
cuando pasa Dios
en brisa de Inmenso,
o en voces calladas,
besando en silencio,
o en mi recrujir que impulsa a morir
dejando este suelo
para, liberada,
emprender el vuelo...!

¡Ay, si yo dijera la gloria que vivo
cuando a Dios encuentro...!

19-6-1962

EL AMOR PURO EN EL CIELO

¡Qué feliz es Dios...! ¡Qué Ser tan dichoso...!
¡Qué alegría tan infinita la de mi Señor...! Todo
Él es contento, en tal infinitud, plenitud y fe-
cundidad de ser contento y dichoso, que Tres
se es.

Amor, yo necesito vivir en la Eternidad para
ser robada por ti. Mi bienaventuranza esencial
consiste en gloriarme en que Tú seas tan feliz,
en gozarme en que Tú seas Dios.

¿Cómo serás Tú, cuando toda esta exigencia
casi infinita que me abrasa de felicidad, de ser
dichosa, de gozarme, quedará saturada y exce-
dida en su necesidad de glorificación, al verte
a ti tan feliz, tan dichoso y tan Ser, de forma
que mi bienaventuranza consistirá, en su parte
esencial, en ser robada por tu felicidad?

Amor, eres tan feliz, ¡tanto..., tanto..., tanto!,
que, al contemplarte a ti, yo quedaré eterna-
mente feliz de saber que Tú eres tan dichoso.

¿Qué serás Tú, cuando, al contemplarte a ti,
olvidada de mí, tendré mi gloria y gozo máxi-
mo en verte tan dichoso, en que Tú te seas co-

mo te eres en tu vida esencial y trinitaria...? ¿Cómo serás y de qué manera, que el alma, al contemplarte, tendrá su felicidad máxima, rebotante de alegría y dicha, olvidada de sí, en que Tú seas feliz...? ¡Qué felicidad exhalará tu ser y comunicarás de la sobreabundancia del contento eterno que Tú te tienes, cuando sólo el saber lo dichoso que te eres Tú hará al alma, creada para participar del Infinito, dichosa por toda la Eternidad!

Amor, necesito decir el motivo de por qué en el Cielo estaremos todos en el grado máximo de amor puro según nuestra capacidad, ¡y no puedo y no sé...!

¡Oh mi Trinidad Una!, yo sé que he sido creada para poseerte; para ser Dios por participación y vivir de tu vida; para engolfarme en ti; para saborearte, saberte, mirarte... sin nada ni nadie que me lo impida; para tenerte a ti por siempre y ser toda yo una trinidad en pequeño, imagen de tu Trinidad, participando de tu perfección y siendo alegría de tu alegría.

Pero hay algo en mí que yo me sé y que veo sobrepasa casi infinitamente todas estas tendencias puestas por ti en mi alma, y es la necesidad urgente de gloriarme en que Tú seas tan feliz; no tanto en lo que Tú me des, ni en recibir mi recompensa, sino en saber yo que tendré la alegría eterna y el gozo casi infinito y purísimo al verte a ti tan feliz, al saber que Tú

te eres tan contento y al amarte por lo que te eres y no por lo que me das. Sé que eres de tal perfección y felicidad en ti mismo, que verte a ti gozar será nuestra mayor alegría; no tanto el gozar nosotros de tu vida, sino el ver que Tú gozas y de la manera que gozas.

Eres tan glorioso, ¡tanto, tanto...!, que todas las almas, por egoístas que hayan sido en la vida mirándose a sí mismas y buscando su felicidad propia, al contemplarte a ti tan dichoso, serán en todo su ser un grito de alegría que romperá en amor purísimo; dándote gracias, no tanto de que Tú la hayas hecho tan feliz, sino de que Tú te seas feliz.

¡Qué feliz es Dios!, ¡qué irradiación de gozo tan infinita y eterna la de su ser!, que todos los bienaventurados, en el momento de contemplarle a Él, quedarán olvidados de sí, en adoración profunda de amor rendido, entonando un Santo eterno de agradecimiento glorioso al Ser que, de tanto ser feliz, se es Tres.

De tal manera se es Dios feliz que, por sèr-selo Él, todos lo seremos, teniendo nuestro gozo esencialísimo y nuestro amor puro en gozarnos de verle a Él tan contento, tan feliz y tan ser. Por eso el alma, en el momento de entrar en la Eternidad, queda, según su capacidad, hecha un acto de amor puro. Ya que la felicidad del Infinito ha excedido y rebasado tan infinitamente la necesidad que ella tiene

de ser feliz, que esa misma felicidad del Infinito, dejándola olvidada de sí, la pone en este acto de amor puro que consiste en gozarse y alegrarse en que Dios sea tan ser, tan dichoso y tan infinito; siendo toda ella un himno de gloria que le dice: Amor, me has robado de tal forma, que mi alegría más grande es saber que Tú eres tan feliz, y darte gracias por ello.

Y como consecuencia de esta primera gloria esencial y purísima que el alma tiene de gozarse en que Dios sea Dios, viene esta otra, al verse ella, en ese mismo instante, hecha Dios por participación, hundiéndose con las divinas pupilas en la contemplación del Infinito, y rompiendo en una participación eterna del Verbo, siendo toda ella Verbo que le dice a Dios, según su capacidad, lo que Él es, y amando a Dios como lo necesita, por participación en el Espíritu Santo.

Llena de contento, se goza el alma en que ella es Dios por participación, y porque ella proporciona a todos los bienaventurados el gozo de verla tan Dios y tan feliz; teniendo como gloria esencialísima la alegría de gozarse en Dios, en que Él es tan feliz y dichoso, y su segunda gloria, esencial también, en participar de Dios, ya que se goza, no tanto en que ella le participe, sino en el contento accidental de Dios al darse a participar por su criatura.

De tal forma hace Dios al alma ser Él por transformación, que ella es también el gozo de todos los bienaventurados. Y como cada uno de ellos participa así de Dios y goza así de Él, resulta que, siendo Dios todo en todos, sólo hay un grito en el Cielo: gozarse en Dios, en que Él se es tan feliz en sí mismo, y en que Él es tan feliz al hacer dichosos a todos los bienaventurados.

Siendo Dios todo en todos, y siendo todos Dios por participación, no habrá en el Cielo más que Dios, porque todos nos amaremos unos a otros y nos gozaremos unos de otros, al ver en cada uno a Dios y cómo cada uno le ama y está en el grado máximo de amor puro, amándole según su capacidad.

Ya comprendo, Amor, por qué en el Cielo todos nos amaremos tanto. Porque yo veré allí que todos tienen su alegría esencial en verte a ti tan dichoso; y, como todos están en ese grado máximo de amor que consiste en gozarse al verte a ti tan feliz, mi alma será también una acción de gracias a todas las almas porque te aman así.

Yo te daré gracias eternamente de que Tú seas tan dichoso, y te daré gracias eternamente, oh Amor, porque todos los seres que de ti participen tengan su mayor contento, estando en el grado máximo según su capacidad, en darte gracias de que Tú seas tan feliz, tan Ser,

tan Dios, tan Uno y tan Tres, pues yo no tengo más contento que el de verte a ti tan contento, el de saberte tan feliz, el de contemplarte tan eterno.

29-1-1973

LOS PORTONES DE LOS CIELOS

Cuando pienso en el momento delirante
en que se abran los portones de tu seno
y yo entre, tras la noche de la vida,
en la hondura misteriosa de tu encuentro,
¡es tan honda la alegría
que en mí siento!,
que el momento espeluznante de la muerte
se convierte, en mis adentros,
en un gozo desbordante,
porque sabe que es el paso trascendente
que me lanza, como un rayo llameante,
al secreto de tu Pecho incandescente.

¡Oh portones de los Cielos,
que me rasgáis, tras la entrada,
las cortinas suntuosas de aquel Templo,
tras las cuales está el Santo de los Santos
celebrando su misterio
en el gozo venturoso
de los buenos...!

¡Oh portones luminosos, tras los cuales se aperciben
las eternas melodías en inéditos conciertos,
y se escucha el recrugido, en volcanes encendidos
por las llamas llameantes de sus fuegos...!
¡Oh sonido palpitante con que exhala
dulcemente,

en su hálito silente, el Eterno,
la Palabra explicativa
que Él expresa en su misterio...!

¡Qué momento trascendente,
cuando el alma reverente
se introduzca en lo profundo de aquel seno...!
¡Y contemple, con su vuelo, al Amor que los envuelve
con la aurora arrulladora del abrazo de su Beso...!

¡Qué misterio tan sublime!

¡Qué momento!:

cuando se abran los portones
suntuosos de aquel Templo,
y se corran las cortinas,
y se descubra el Misterio,
y los Soles luminosos resplandezcan refulgentes
de aquel Pecho palpitante del Excelso.

¡Qué momento el de la muerte!,
que desgarra con su noche lastimera

las angustias del destierro,
y despide tras el grito

de su hielo

las cadenas

de este cuerpo,

para dar paso a las almas

que se lanzan,

como en misterioso vuelo,

a las puertas suntuosas

y magníficas del Cielo...

¡Qué momento el de la muerte!,
cuando el cuerpo quede yerto,

cuando el alma se remonte velozmente,
como un águila triunfante,
tras la brisa de su vuelo,
a cruzar los hondos senos del abismo
que separan a la vida de la muerte,
a la tierra de los Cielos,
a los hombres de los ángeles,
a la Gloria y al destierro,
en un vuelo deslumbrante
hacia el seno venturoso del Dios bueno.

Y cual águila imperial, liberada del cadáver,
vuele el alma victoriosa hacia los cielos
a saciar las resecuras de las ansias de sus hambres
en los claros manantiales de las aguas del Eterno,
donde brota a borbotones un torrente cristalino,
para saciar los sedientos
que traspasan los umbrales del destino...

¡Oh portones de los Cielos!
con sus cortinas triunfales
que ocultan, tras su misterio,
el “*Sanctorum*” que es velado
por las ráfagas candentes de sus fuegos,
y al Inmenso que se oculta
con su gloria tras el velo...
¡Oh portones suntuosos!,
cuando corráis las cortinas y yo entre tras mi vuelo...

¡Oh portones de la Gloria!,
abrid paso, que ya llego.

Colección
Luz en la noche
El misterio de la fe
dato en sabiduría amorosa

n^o 7



Ediciones La Obra de la Iglesia